

Los intelectuales y el Estado en la década perdida¹

SERGIO ZERMEÑO²

?DE QUÉ manera ha cambiado la relación del Estado mexicano con los intelectuales en esta década de crisis, neoliberalismo y neocardenismo?

Digamos que hasta antes del estancamiento de los años ochenta, el pensamiento crítico de las generaciones de intelectuales se mantuvo fuertemente anclado en la imaginaria del 68; ese primer golpe a la visión armónica de nuestra modernización: el darse cuenta de que el crecimiento económico no redundaba necesariamente en la disminución de las desigualdades sociales, ni en una forma más democrática de participación política. Sin abandonar la creencia en que el avance científico-técnico, la industrialización y el desarrollo constituían armas efectivas para atacar las grandes carencias de nuestra población, aquella juventud decidió que el problema era político, es decir, que había que abrir nuevas formas de participación democrática para influir en los aparatos de orientación del desarrollo y evitar que las decisiones sin contrapeso del autoritarismo estatal siguieran favoreciendo a la burocracia dominante, a las clases privilegiadas y a sus socios transnacionales.

Esta batalla por reorientar la tendencia histórica de nuestro país fue como un árbol cuyo crecimiento se cortó de tajo en Tlatelolco; sin embargo, su tronco, ya inevitablemente robusto y arraigado en la democracia social, floreció en tres vertientes cuyo desarrollo fue desigual:

Primero: la de la vía radical, la acción directa, la confrontación revolucionaria y el asalto al poder, tan caros a la izquierda mexicana y de América Latina desde la Revolución cubana hasta bien entrados los años setenta, y que en nuestro país culminaron con la llamada "guerra secreta" en que ejército y policía aniquilaron, sin siquiera juicio sumario, a las organizaciones guerrilleras o a cualquier agrupamiento ligeramente parecido a ellas (MAR, Enfermos, FRAP, Liga 23 de septiembre, Unión del Pueblo, Partido de los Pobres...)

¹ Presentado en el seminario "El nuevo Estado mexicano", marzo de 1990, Chapala, Jalisco. Quiero agradecer a Aurelio Cuevas, Julio Labastida, Salvador Martínez della Rocca, Sara Gordon, María Dolores Paris, Marina Fe y Neil Harvey sus comentarios y críticas, a veces totalmente en desacuerdo con las tesis de este trabajo.

² UNAM-UCLA (Program on Mexico, profesor visitante).

Segundo: una vertiente menos estatista y más social, a través de la cual los estudiantes regresaron a las poblaciones; una línea basista-maoísta, "ir al pueblo", que tuvo sus mejores expresiones en el interior del país. Aquí destacan las organizaciones Línea Proletaria, Línea de Masas y la Organización de Izquierda Revolucionaria. En el medio urbano popular recordemos al Comité de Defensa Popular (CDP) en Durango y en Chihuahua, a la Colonia Rubén Jaramillo en Morelos, Tierra y Libertad en Monterrey, San Luis Potosí y Zacatecas, y de alguna forma, también Tepito y 2 de octubre en el D. F. En el medio campesino habría que citar a la Unión de Uniones en Chiapas, la Unión de Pueblos del Yaqui, la Comarca Lagunera, las zonas tabacaleras de Nayarit, y un poco más verticales que basistas, la COCEI de Oaxaca y la Universidad Pueblo de Guerrero. En el medio obrero, la Siderúrgica Lázaro Cárdenas y SPICER entre otros.

La tercera línea privilegió una vía de democratización menos social y más orientada al poder político, sobre todo con el paso del tiempo: la conformaron, entre otros, la mayor parte de los expresos políticos del 68 y sus núcleos fueron, durante el echeverriismo: la Organización Punto Crítico (con buena inserción en los movimientos sociales), el Partido Mexicano de los Trabajadores y el Partido Comunista. Su espacio de acción estelar en ese sexenio fue el medio sindical: obreros por un lado (SUTERM, SUTIN...) y universitarios por el otro (STEUNAM, Consejo Sindical, SPAUNAM). En algunas universidades de provincia, los grupos políticos mencionados en esta tercera línea tuvieron predominancia tanto en el medio sindical como en el rectorado mismo (Puebla, Sinaloa, Nuevo León, Zacatecas, Oaxaca y Guerrero). Con la reforma política del lopezportillismo, el grueso de esta tercera corriente transitó de la acción sindical y de las universidades hacia la política partidista y parlamentaria: el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y luego el Partido Mexicano Socialista (PMS) fueron, así, un espacio de coincidencia en el que los intelectuales, la izquierda y, en general, las organizaciones políticas transitaron del *boom* petrolero y del parlamentarismo al estancamiento, o sea: de los setenta a la década infame.

1. LA VÍA REFORMISTA

¿Qué es lo que convirtió a esta tercera vía en la forma privilegiada de hacer política en nuestro país?; y, muy ligado con ello, ¿cómo se explica que desde ese espacio de confluencia global del pensamiento crítico y de toda la izquierda que fue el socialismo unificado del inicio de los ochenta hayan surgido, al mismo tiempo, la intelectualidad que en 1990 viste al neoliberalismo de Salinas y la que apoya al neocardenismo de Cuauhtémoc (esta última, asombrosamente menos nutrida por la alta intelectualidad de izquierda).

Varios elementos explican por qué esta tercera vía, reformista, parti-

dista y parlamentaria se convirtió en la forma privilegiada de hacer política en nuestro país.

En el interior del país se combinaron el horror del 2 de octubre del 68, el 10 de junio del 71 y la masacre contra la guerrilla, con las mieles de la apertura democrática, los presupuestos generosos para las universidades y la Reforma Política. En el plano internacional, la combinación no fue muy diferente: junto con el exterminio del MIR, los Tupamaros, los Montoneros y otras agrupaciones revolucionarias, vivimos la experiencia del eurocomunismo y del ascenso de algunos partidos socialistas al poder que en su conjunto relativizaron el papel de la clase obrera como agente central del cambio y de la revolución como vía privilegiada del pasaje al socialismo (aquí ejercieron su influencia las revistas *Zona Abierta*, *Ruedo Ibérico*, *El Viejo Topo*, *Pasado y Presente* . . . y las figuras de Bozal, Claudin, Coletti, Bobbio, Paramio, Borja Pereira, Perry Anderson . . .).

En fin, la tendencia natural de la cultura y del quehacer políticos en México, orientados siempre hacia la influencia en los espacios del poder estatal (nuestra “propensión buropolítica”, como la hemos llamado en otra parte), completa el marco explicativo en torno a esta vocación concertadora y parlamentaria, antes que constructora de identidades basistas; en resumen: política antes que social.

Digamos pues que hasta la primera mitad de la década del estancamiento, el fortalecimiento de la democracia política —la de las representaciones partidistas y parlamentarias— era inseparable del objetivo de mejoramiento de las condiciones de vida de todos los integrantes de la sociedad. Hacer política suponía apropiarse de los instrumentos de orientación global y del desarrollo y demostrar que el crecimiento económico debía repercutir en la igualdad social: un “programa” que podemos bautizar como el de la herencia reformista y triunfadora del 68.

2. LOS NUEVOS INTELLECTUALES Y EL FIN DE LA UTOPIA SESENTAYOCHERA

Algo asombroso de esta década de crisis que ahora estamos viviendo es que ha tenido la fuerza para romper en pedazos los postulados que integraron ese “programa”. En efecto, hoy, un poco azorados, hemos comenzado a vivir con la evidencia de que el sistema político o de las representaciones —el de las mediaciones entre Estado y sociedad; el partidista, parlamentario, sindical; el de los frentes y coordinadoras de lucha, etcétera— no están siendo capaz de influir en lo más mínimo en las orientaciones del desarrollo o, digamos, en las decisiones en torno a la administración de la crisis desarrollista que vivimos. Con ello parece verse frustrada la enorme esperanza que nos legó la vía de los pequeños pasos, la del eurocomunismo y la Reforma Política. Para decirlo en otros términos; las corrientes, los partidos y los movimientos se hacen representar en el

parlamento, pero éste es incapaz de variar un ápice una política económica que excluye y relega en la pobreza, la desorganización y la incultura al 80% de la población por medio de recortes de personal. Héctor Aguilar Camín, uno de los intelectuales más influyentes de nuestro país, daba esto por un hecho: "No creo que la democracia vaya a traer por sí misma la solución del resto de los problemas de México. México se puede volver mañana una sociedad democrática y tener elecciones transparentes, pero eso de ninguna manera va a crear el millón de empleos por año que el país necesita para sus jóvenes. Creo que en México, durante el sexenio de Miguel de la Madrid, hemos tenido una muestra de que es posible un gran castigo social con una mayor apertura política y una mayor tolerancia democrática".³

¿Lo anterior quiere decir entonces que todos los canales abiertos a la participación política en un país como el nuestro tienen como función casi única lograr que el creciente proceso de polarización y la depauperación de cada vez mayores agregados sociales se lleven a cabo pacíficamente? En otros términos, ¿podría afirmarse que la participación en los espacios de la democracia política es ejercida por una serie de agentes privilegiados del mundo de los integrados —y por algunos liderazgos que se destacan desde el mundo de la exclusión— sin que ello afecte ni el núcleo duro de la conducción estatal, ni la tendencia del todo social hacia la creciente polarización-depauperación-desorganización?

Plantear las cosas así tiene al menos tres implicaciones: *a*) que entre el sistema político y el núcleo duro del Estado (conducción de las orientaciones del desarrollo o administración de la crisis), hay un gran divorcio; *b*) que entre el amplio espacio del sistema político, la cultura y los medios, por un lado, y el mundo de la exclusión, por el otro, hay también un gran divorcio; de modo que entre los movimientos y luchas sociales, las identidades de base, restringidas y circunscritas (barrio, sindicatos, ejido, pueblo, región, comunidad eclesial, etcétera) y los "representantes" tampoco hay una comunicación real y *c*) que en la sociedad mexicana —y probablemente también en las latinoamericanas— se están separando crecientemente un sector integrado que no se amplía e incluso decrece en términos relativos y un sector excluido en aumento. Además, el primer sector tiene, al menos, la capacidad de hacer llegar al espacio de las representaciones sus demandas, aunque no logren impactar al núcleo duro de la conducción del "desarrollo", mientras que el sector excluido casi no tiene acceso a esta posibilidad.

Existe, sí, publicidad de las condiciones de vida de los miserables, pero de una manera "interpretada" por el reportero, la cámara, el especialista o el discurso calculado del "núcleo duro", pero nunca por los propios actores del medio excluido del "mundo social de la vida". Cuando ciertas vanguardias o liderazgos logran incorporarse al sistema de las representa-

³ Héctor Aguilar Camín, *Cuadernos de Nexos*, 1989.

ciones, su conexión con el medio original que los impulsó —ya fuera una lucha social, una identidad de base, etcétera— se desdibuja. Los principios de identidad circumsrita, consistente y continua, son entonces rotos constantemente, y las vanguardias se incrustan en las alturas, en los apartados de influencia del supuesto sistema representativo; mientras las bases se atomizan ya sin principio unificador.

3. “NÚCLEO DURO”, INTEGRADOS Y EXCLUIDOS

En resumen, el panorama que caracteriza a los ochenta y al nuevo papel de los intelectuales con respecto a la herencia del 68 podría ser descrito así: 1) el núcleo duro de la dominación, compuesto por los aparatos públicos o la alta burocracia teniente del Estado: el presidente, el gabinete económico, los aparatos de seguridad del Estado, la rectoría o control de los puntos neurálgicos del aparato sindical y de algunos centros de la educación superior; 2) los aparatos privados nacionales y extranjeros: grandes empresarios, financieros y comerciantes; 3) los medios masivos de comunicación, con énfasis monopolístico en la televisión; 4) aquellos intelectuales que, reclutados desde todas las tendencias (pero cuidadosamente, sobre todo desde la izquierda), han aceptado poner su inteligencia al servicio de este “núcleo duro” a cambio de un poder moderado o nulo poder, y muchísimo prestigio, hecho posible por la publicación en la prensa, las cámaras de televisión, los premios, etcétera, con que se cuenta de sobra en este medio y que tan económicos resultan a los aparatos públicos y privados. Para esto es necesario llegar a la convicción de que la democracia política poco o nada puede hacer por la democracia social, más allá de mantener la paz pública durante el proceso de polarización social, depauperación y pulverización de las identidades.

Enfoquemos ahora la sociedad de “los integrados”, quizás uno de cada cuatro mexicanos que, a falta de mejor connotación, diremos que conforma la clase media y media alta. Es aquí donde surge desde 1968, de manera clara, la exigencia de democratización, pluralismo, opciones amplias a la cultura y al consumo. A partir de este medio se va a conformar la lógica democrático-modernizadora, y que va a competir, sin desplazarla, con la lógica popular-nacional o popular-estatal (autoritaria, paternalista) que se proyecta desde la herencia de masas de nuestro país, y que hoy y en el futuro encontrará sus bases en esas tres cuartas partes de mexicanos excluidos, en el medio rural y en el urbano. La crisis y las políticas neoliberales amenazan con engrosar significativamente este sector al que la ideología neoliberal desprecia profundamente, dilapidando así el tesoro de masas “del orden político mexicano”.

Núcleo duro de la dominación, mundo social de los integrados, mundo social de los excluidos: he ahí una distribución que cada vez caracteriza mejor a las sociedades mexicana y latinoamericana.

Del lado del mundo de la integración observamos una tendencia de las organizaciones y dirigencias hacia los medios parlamentarios, las diputaciones, las dirigencias partidistas, las direcciones ministeriales y de facultades e institutos universitarios, las asesorías, los reconocimientos públicos televisados, la posesión de columnas editoriales, etcétera. La aspiradora funciona así desde arriba y desde abajo: "buropolítica" e "infelizaje". Entre las dos, donde deberíamos encontrar identidades intermedias y consistentes, está el desierto. Por esto, del lado de la marginalidad tiende a perder importancia la negociación o la confrontación con el presidente o el discurso encendido de un diputado de oposición allá en las alturas: el asunto es: abajo "se hace el drenaje o no se hace". Si no son capaces de colocarse en este nivel, los partidos aparecen "arriba" y "adentro" y el propio PRI se vuelve lento para esta forma puntual y muy tecnicizada de atender demandas populares. Así se fue gestando a lo largo de los años ochenta —debido al afán contraccionista neoliberal— un "Estado de exclusión" como sustituto del "Estado populista" que caracterizó a México hasta el fin del *boom* petrolero.

4. EL NEOCARDENISMO

El fin del Estado populista no significa sin embargo el fin de la relación populista con el Estado. El desmantelamiento de los grandes faldones corporativos y paternalistas, en lugar de modernizar la articulación entre sociedad y Estado, vino a provocar un vacío más en el sistema político o de las intermediaciones. Y es que en medio de una relación débil con los partidos y los aparatos de gobierno, el excluido tiende a pasar, sin intermediarios, de la discusión sobre el diámetro de la toma de agua a la adhesión a Cuauhtémoc Cárdenas sin gran argumentación. La casi nula tradición de partidos políticos e identidades intermedias vuelve este fenómeno un acto prodigioso en el ejemplo mexicano. Podríamos decir, con el chileno Tironi, que en el medio excluido no se valora la dimensión representativa o "liberal" de la democracia, sino su aspecto participativo, sustantivo, la relación directa con quien tiene la capacidad ejecutiva. El neocardenismo en un momento dado, a través de un nuevo líder, habría sido capaz de vaciar de contenido ritual y de centralidad al presidente y al PRI para desplazar estos atributos hacia un nuevo vértice.

En una sociedad como la mexicana, donde el conflicto y los liderazgos se generan constantemente por la situación de atomización y, particularmente, por la ausencia de identidades y organizaciones intermedias, el mecanismo privilegiado de la estabilidad y del orden consiste en la destrucción, constante también, de esas constelaciones alternativas, dividiendo, encarcelando, matando o cooptando; destrucción entonces de sistemas locales de autoridad y centralización consecuente en una burocracia altamente jerarquizada y disciplinada en torno a un jefe indiscutido.

Cuando los procesos de modernización, vistos como voluntarismo de los planificadores, atentan contra estos mecanismos; cuando, además, la represión constante y consustancial de este sistema no se asocia con su contraparte indispensable, que es la cooptación, y se genera la exclusión también en el nivel cupular y de las élites políticas y cuando, en fin, todo este mecanismo se realiza en medio de una crisis popular en lo económico y en las perspectivas del futuro, las constelaciones y los órdenes alternativos florecen prodigiosamente. Es obvio que el mecanismo buropolítico fue atrofiado en el sexenio delamadridista y que la élite tecnocrática en que se apoyó el presidencialismo encontró en el pensamiento neoliberal el pretexto perfecto para reducir la burocracia en época de crisis, para expulsar de la alianza estatal no sólo amplios sectores de la baja burocracia, sino a todos aquellos liderazgos del PRI gobierno susceptibles de ser acusados de tener posiciones ineficientes, corporativistas, patrimoniales, populistas, populares.⁴

Concomitantemente, pareciera que en sólo seis años la comunicación y la continuidad perfecta que existían entre el Estado y su partido se hubieran trastocado: la alta burocracia gobernante se dedicó a gestionar las salidas para el desarrollo económico y la crisis, mientras el partido debía encargarse del consenso. Los dos roles contradictorios de todo Estado capitalista moderno (desarrollo económico y consenso redistributivo) comenzaron a ser portados por actores distintos: el gobierno y el partido. Esto se hizo evidente en México desde 1982, cuando el entonces candidato a la presidencia, Miguel de la Madrid, entró en contradicciones con Fidel Velázquez; y también cuando la clase política comenzó a ser diferenciada entre viejos políticos de tradición —llegados al poder por la vía del patrimonialismo y la imposición electoral— y nuevos tecnócratas sin tradición partidista, pero que desplazaron al primer grupo en los más altos puestos del aparato estatal. El reacomodo del sistema político, sin embargo, no se efectuó siguiendo estas fronteras entre tecnócratas y políticos o entre nuevos equipos eficientistas del Estado compacto y viejos faldones populistas con organismos patrimoniales. El neocardenismo de Cuauhtémoc trazó la frontera en el interior mismo del partido proclamándose, al principio tímidamente, como una “corriente democratizadora”. Con ello dividió en dos esa enorme bolsa del sistema político que se ha denominado PRI.

⁴ También durante el porfiriato una élite tecnocrática, los Científicos, encontró una ideología para excluir a los otros grupos que competían por el poder, y de esa manera controló más férreamente el aparato estatal ya que en una situación de enclave minero-petrolero (Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina, Siglo XXI*, eds., 1969), dicho control garantiza una posición de hegemonía económica y es fuente de capitalización privilegiada gracias a las concesiones sobre la explotación y la exportación de dichas materias primas. Sin embargo, entonces como ahora, el gran poder político que esto conlleva puede súbitamente disiparse si la exclusión de las élites competidoras es exacerbada.

5. EL PARTIDO Y EL GOBIERNO

Desde el momento en que el partido y el gobierno (consenso y desarrollo) no redefinieron sus distancias a tiempo, se plantearon problemas insalvables: en el imaginario colectivo no resultó compatible la figura de Carlos Salinas de Gortari (el gran reconversor, quien dismantló y achicó al Estado, quien cesó a decenas de miles de empleados estatales, quien mantuvo los salarios congelados, etcétera) con la de un presidente de la república. El partido se había mantenido durante todo ese sexenio como un organismo sumiso y obediente, que no lograba tomar distancia del gobierno, y apoyaba las decisiones antipopulares propias del momento de crisis. Al mismo De la Madrid se le vio demasiado cerca del equipo que administró la crisis y la ideología desarrollista y no intentó jamás algún tipo de reforma política que colocara a un jefe de gobierno o de gabinete que absorbiera el desprestigio de las medidas antipopulares del neoliberalismo. Si alguien cumplió alguna vez con este papel fue el secretario de Programación y Presupuesto, pero resulta que De la Madrid nombró como su sucesor a ese mismo personaje, al más desprestigiado. Se fue perdiendo así legitimidad aceleradamente frente a los amplios sectores, hasta llegar a la gran farsa de julio de 1988.

El PRI quiso seguir funcionando como correa de transmisión de la política gubernamental y como espacio de reclutamiento de la alta burocracia. Si se pudiera aceptar como hipótesis que el PRI conformaba históricamente lo fundamental del sistema político en nuestro país, entonces lo que expresa el neocardenismo no es sino la toma de distancias de una parte mayoritaria de ese sistema político con respecto a los aparatos de gobierno que administran la crisis. Es obvio, entonces, que a partir del ascenso de la corriente tecnocrática neoliberal que acompañó al *boom* petrolero y a su catastrófico desenlace, particularmente a partir de la crisis de los 80, fue descuidado el sistema privilegiado de destrucción de identidades colectivas que ha sido la cooptación.

Disponiendo el Estado mexicano de mecanismos tan acendrados históricamente, llama la atención que el neocardenismo, en su momento, haya crecido tanto, al punto de volver casi inservible la reconciliación, la propensión burocrática, la balcanización del adversario, etcétera. Y es que lo que se vivió en realidad al final del sexenio delamadridista —y que Salinas de Gortari está tratando de rectificar a toda prisa— fue una identificación entre el mundo de los excluidos, por un lado, y, por el otro, importantes capas de la población integrada (con el destacado ejemplo de los universitarios), así como estratégicos liderazgos de la oposición y de la propia institucionalidad. El asunto fue y sigue siendo delicado, porque en ciertos momentos previos al 6 de julio del 88 estuvo a punto de devolver alguna forma de identidad a los excluidos a través de un liderazgo alternativo y abrir la posibilidad de una alianza popular-radical con los sec-

tores ilustrados. Ya el terremoto del 85 había creado boquetones en el muro de la exclusión, y había devuelto en cierta forma una identidad colectiva a los de afuera. También el movimiento estudiantil que comenzó en 1986 apuntó en esta dirección y fue capaz de construir, más como ideología que en los hechos, un discurso a favor de los excluidos y en contra de la excelencia neoliberal. Pero el cardenismo fue, de plano, una marejada que confundió las aguas de excluidos e ilustrados.

LOS INTELLECTUALES

Vino entonces la idea genial: si no hay dinero ni puestos que repartir, inventemos un mecanismo que separe al pueblo y a los intelectuales como relación social, aunque ellos sigan hablando del pueblo como sujeto hipotasiado. Fue así que todos los salones de Palacio abrieron sus puertas a la concertación. Todos los intelectuales, profesionales, científicos, políticos, técnicos, artistas, representantes o líderes de lo que fuera, por consenso o autodesignados (o casi todos), recibieron invitaciones para esta o aquella mesa de concertación, consulta popular, consejos consultivos, presidencias de algún evento, premios nacionales, locales o regionales. Y sus nombres, sus fotos o sus imágenes fueron publicados y proyectados en listas de plana entera en la prensa, en supuestos noticieros claramente desviados hacia esa tarea y en otros tantos aspectos de cultivo del prestigio y la autocontemplación. Es más, en casos destacados los ilustrados no sólo fueron objeto de la publicidad, sino que se les convirtió en promotores de la misma al dotárseles de programas televisivos de alta audiencia, apoyos millonarios en publicidad para sus prestigiadas revistas y diarios enteros, que ya existían o fueron creados en ese momento.

Por su parte, el sistema de las representaciones y de las recompensas no se relaciona más que como excepción con los problemas del "mundo social de la vida", con los problemas de la exclusión, aunque el discurso de ese sistema lo constituyan estos problemas. Por ello se llega al absurdo de que el resultado de las elecciones no tenga nada que ver con las condiciones de vida de los electores. Se llega así al absurdo de querer modernizar el sistema político aceptando procesos electorales competitivos y plurales, pero manteniendo un "Estado de exclusión". En otras palabras, hemos llegado al absurdo de que estos reformadores neoliberales parezcan invitar a todo mundo a hacer "más política moderna" en parlamentos, sindicatos, partidos y universidades; pero ¿qué tiene que ver ganar las elecciones con ocupar el lugar de Estado?; ¿qué tiene que ver —parece preguntarse— el aparato de consenso, con el delicado mecanismo, apenas concurrido por humanos, que es el aparato de desarrollo y administración de la crisis? Una cosa es que participen; otra muy distinta es que a través de esa participación quieran resolver sus problemas y, menos aún, apropiarse de las orientaciones globales de nuestro país.

Naturalmente, todo este sistema político, todo este espacio de las representaciones y de los reconocimientos ha podido funcionar con muy pocos recursos. Sin embargo, no pudo ocultar las evidencias de seis años de neoliberalismo y regresión económica; de manera que, a pesar de la drástica caída del gasto público en los renglones de salud, educación, alimentos, empleo, etcétera, algunas agencias tuvieron que ser creadas, también con gran publicidad y con la finalidad de hacer aparecer al régimen como preocupado por la suerte de los excluidos: se abate el presupuesto para la salud y la seguridad social (en 30 por ciento sólo entre 1982 y 1984), pero se crea un organismo encargado de los casos de pobreza extrema, encabezado por intelectuales y políticos de gran prestigio, y que quizá desempeñe sus funciones con sólo el uno por ciento de los gastos recortados en aquellos renglones: se reparte leche y tortibonos a precios subsidiados, mientras los estantes de las tiendas Conasupo con dificultad exhiben alguna mercancía. El gasto para educación se reduce del 4 al 2 por ciento del PIB entre 1982 y 1986, y un profesor universitario en este período ve disminuidos sus ingresos a una tercera parte; desaparece en 1988 el CREA, ya casi exhausto por los recortes a su presupuesto, y con una suma ridícula y con un intelectual de renombre y un medallista olímpico se instituye un consejo de alto deporte y uno de la alta cultura que sin ninguna duda darán servicio a menos de uno de cada mil jóvenes del medio popular. Naturalmente, los directores de esos dos consejos aparecen más de una vez a la semana por la prensa y la televisión en inauguraciones, actos presididos por el poder ejecutivo, recuperación de joyas robadas, finales de Copa Davis, programas dominicales conducidos por intelectuales, etcétera. Mientras tanto, los precios de garantía de los productos agrícolas se vuelven "realistas" con respecto al mercado internacional, y para los casos de inconformidad se inaugura una subsecretaría para la concertación del neoliberalismo agrario.

Semejantes templetas, en fin, reciben los reflectores de la publicidad en esos asuntos y en otros, como la violencia y la drogadicción juveniles, las mujeres violadas, los indígenas en cárceles, sobre todo en los momentos en que el equipo de luz y sonido no se encuentra en algún reclusorio de la ciudad de México ambientando el último caso espectacular del empresario, el sindicalista, el policía o el metacrítico que se permitieron atentar contra la salud pública. Detrás de esto, el porcentaje del PIB en gastos de beneficio social sigue en descenso, colocando del otro lado del muro de la exclusión a crecientes agregados de mexicanos.

Pero la clase ilustrada que participa en esto, sobre todo la que forma parte del "núcleo duro de la dominación" (formada, en un alto porcentaje, en la militancia de izquierda), consciente o inconscientemente, necesita un discurso que le permita entrar y salir del palacio por la puerta de enfrente.

La pregunta es entonces: ¿cómo reconstruir identidades sociales consistentes y con cierta continuidad que permitan enfrentar esas condiciones

de creciente desorganización y anomia en que se desenvuelve la vida de la mayoría de los mexicanos, y sin duda de los habitantes de América Latina?; ¿cómo construir una democracia más social y menos política; más cultural y menos estatal?

Pero para decir la verdad, la buropolítica, es decir, la ilusión de los intelectuales y de las vanguardias por cambiar a la sociedad desde los apartos centralizados, y la cooptación que constituye su complemento, no son fenómenos nuevos en la historia post-revolucionaria. Muy por el contrario, se trata de una práctica, ya lo decíamos, privilegiada de la cultura y el orden político mexicanos. Quizás entonces lo que hay que subrayar en la actualidad es que las conductas heredadas han sido, de nuevo, más poderosas que los discursos ideológicos contruidos por los grupos opositores. Y es que esta generación de intelectuales a la que aquí hacemos referencia (sobra decir que son los más significativos, pero distan mucho de ser todos), se reclamó, con fuerza, heredera del movimiento estudiantil de 1968; participó militantemente en los partidos de la izquierda de nuestro país; había encontrado la manera para integrar el marxismo con los grandes momentos popular-nacionales (con el cardenismo de Lázaro en el centro); y, lo que quizás es más importante, porque es lo más novedoso: tuvo frente a sí, por primera vez, con el cardenismo de Cuauhtémoc, una opción política no marginal y probablemente mayoritaria para ejercer sus aspiraciones de dirigencia. Y sin embargo, con todos esos elementos históricos e ideológicos tras de sí, ganó una vez más, quién lo dijera, la pleitesía a los poderes en turno: el encanto del poder presidencial personalizado. Pero detengámonos un poco en esto, porque se trata de un nudo axiológico más complejo que el simple trueque de servicios intelectuales hacia el poder a cambio de beneficios personales (aunque en la práctica termine siendo eso).

No hay que dudarle: hay una angustia de los intelectuales ante el nulo desarrollo de estos años, que de alguna forma implica, como está de moda decirlo, el fin del sentido de la historia. Llevado a su extremo, ello implicaría de alguna forma, también, la derrota del intelecto, de la técnica, de la ciencia y del principio de voluntad: el cambiar las cosas y darles un nuevo orden, progresivo, mejor (clasificarlas para manejarlas). Una ideología de la modernización es, pues, una opción más acorde con lo intelectual, ante la derrota y el pesimismo que significaría aceptar que el llamado progreso no ha redundado en el beneficio de cada vez más amplios sectores de la humanidad, sino que parece concentrarse en una capa privilegiada, acrecentando, incluso en Norteamérica, el agregado social que se encuentra en la pobreza extrema. Difícil aceptar pues que no existe la tierra prometida por la ideología del progreso y el desarrollo, al menos tal como la imaginó Occidente: explotando infinitamente a la Naturaleza, convirtiéndola en productos transformados por la técnica.

El desorden, la anomia, la incultura, la marginalidad, la masificación, lo plebeyo y lo jacobino concomitante, que por momentos vemos ampli-

ficarse, se oponen en lo más esencial al sentido del intelecto; constituyen un fracaso del orden y el progreso occidentales.

Los valores más sólidos en que hemos sido formados intelectualmente (el etapismo marxista, incluido de manera estelar, por supuesto), se ven sacudidos por estas tendencias que denigran el delicado equilibrio requerido por la planificación, la computación (y su individualismo refugiado), la clasificación, la producción científica en general, la interacción racional en condiciones óptimas, el lenguaje codificado, las normas internacionales de intercambio comercial, la susceptibilidad de los flujos de capital...

Así, la tensión intelectual crece cuando constatamos que la sociedad retoma tendencias impredecibles, desordenadas, con códigos comunicativos locales, irracionales sobre todo si nos acercamos al mundo de la deserción escolar y de la reprobación, de la desarticulación de la familia, del fin de las fuerzas laborales organizadas enmarcadas "formalmente" en la cadena productiva, si nos acercamos a todos esos espacios en donde vemos acendrarse las conductas gregarias (no solidarias necesariamente) que conllevan estructuras lideriles y patrimoniales opuestas al individualismo posesivo del consumo moderno.

Quizá por este contraste entre los marcos conceptuales modernos en que nos formamos y un futuro que responde cada vez menos a ellos, es que la ciencia y la técnica (la Universidad) se alejan de la sociedad (y de la naturaleza), y se acercan al poder, sobre todo cuando éste promete la modernización como futuro. La sociedad, a su vez, el "mundo social de la vida", se desinstitucionaliza, o se institucionaliza de una manera no codificable, no computarizable, mientras que la intelectualidad moderna (las ciencias sociales, la economía, el *marketing*, la universidad toda), se institucionalizan, se codifican, se ordenan, se refugian preferentemente en ese espacio que es el medio privilegiado de los aparatos públicos y privados de la dominación: la informática, los *mass media*, el diseño...

Por eso, la mayoría de los científicos y de los intelectuales prestigiosos, incluidos los herederos del orden marxista, a la hora de la Reforma Universitaria están del lado de una universidad separada de los problemas sociales, productora de alta tecnología (de preferencia de ciencia básica) y, en el caso de las ciencias sociales, se inclinan por la recreación de condiciones de interacción comunicativa ideales (asépticas incluso) y ven con horror cualquier correlación de lo popular con el *campus*. Vivimos así una reacción conservadora que liga el *campus* y la intelectualidad con los grandes aparatos ordenadores (públicos y privados), y la desliga de lo popular, paupérrimo, anómico, inculto, desorganizado, desidentitario que en nuestros días, de continuar la tendencia contraccionista de la modernidad de Occidente, caracteriza cada vez con más fuerza a lo social. Pero veamos pues cómo la clase intelectual construye la racionalización ideológica con que se abre camino al poder: la buropolítica en la era neoliberal.

LA IDEOLOGÍA DEL NEOLIBERALISMO DEPENDIENTE

6. EL MÁS ALLÁ MUNDO (EL PECADO DE LA AUTONOMÍA)

El elemento más general de la ideología que está acompañando al neoliberalismo dependiente establece que no se encuentra en la voluntad de la nación la posibilidad de resolver nuestros problemas: éstos dependen de un más allá, la crisis del desarrollo es universal: formamos parte de una sola economía-mundo y tenemos que respetar el código que la rige: cualquier intento autonomista por detener la tendencia hacia la exclusión creciente de las masas y la caída de su nivel de vida conduce al aislamiento, al destierro como castigo, y redundante en la agudización de la pobreza, en la inflación, en la violencia generalizada y en la descomposición anómica. Solos no podemos nada, ni debemos intentar nada. Hay aquí un elemento, no extraño al de la religión, que se caracteriza por dar vida a un sentimiento de respeto hacia una fuerza superior al hombre, es decir, hacia un poder trascendente.

Dice Rolando Cordera:

El reacomodo mundial que se echó a andar en los setenta, y que aquí se creyó que se podría rodear gracias al petróleo y el ingreso de los grupos dirigentes, ha mostrado con suficiencia, en México, Francia o Brasil para no mencionar a Venezuela, Polonia o China que eso de mundial quiere decir para todos sin distinción de raza, religión o modo de producción, sin clemencia, aunque de su impacto puedan salir mejor librados unos que otros [...] Los intentos por encontrar atajos o, para decirlo técnicamente, por "alcanzar" algunas economías nacionales de modo independiente, no han arrojado frutos satisfactorios y sobre todo, no han durado..., aun en el caso de economías grandes y complejas, como se mostró en Francia en los primeros tiempos del primer gobierno socialista de Mitterrand [...] Ponerse al día, reconvertirse, modernizarse, sintonizarse con las pulsiones de una economía mundial que a la vez que unificante sigue siendo un sistema internacional de Estados [...] supone entre otras cosas definir nacionalmente una estrategia de comercio exterior [...] No se puede producir todo, hay que ser selectivos, hay que buscar una integración económica nacional por vía de múltiples conexiones internacionales [...] Sin reconversión productiva, sin modernización de la planta industrial no hay manera de lograr aquello [...] Pero esto a su vez no parece factible sin cierre de líneas de productos, o en su caso, de plantas enteras.⁵

Ahora bien, el más allá-mundo es inseparable del siguiente elemento de la ideología del liberalismo dependiente que presentamos antes de cualquier comentario.

⁵ Rolando Cordera, "Los dolores del ajuste", *Cuadernos de NEXOS* núm. 9, p. 3.

7. EL MAÑANA-DESARROLLO (NO HAY QUE INTENTAR NADA PARA QUE TODO CAMBIE)

Hay un movimiento perpetuo que se llama científico-técnico. Todo intento por salir de las reglas de la economía-mundo nos desorganiza, nos retrasa, nos subdesarrolla con respecto a ese principio de movimiento inmanente (aquí también: fuera del control de los hombres).

Si nos mantenemos concertando, si no intentamos cambiar las cosas por nosotros mismos hoy, si enviamos a un grupo de sabios financieros a negociar nuestra deuda con el más-allá-mundo, si acoplamos la producción de nuestras materias primas al movimiento natural de la demanda universal y sólo nos quedamos con las industrias que sean competitivas transnacionalmente, el cambio vendrá por sí mismo mañana, pues con el crecimiento económico nos modernizamos y nos sintonizamos con los adelantos de la "Tercera Revolución Científico-Técnica" (curioso gatopardismo panza arriba).

Detengámonos aquí, tratando de atemperar esta euforia modernizadora para recordar que la discusión sobre el advenimiento inevitable de la economía-mundo que nos llevará al mañana-desarrollo no se sitúa en el proceso de producción y de intercambio de mercancías (en las cuentas del PIB, de la balanza comercial y del combate contra la inflación), sino en el terreno social y humano. Es más, se podría demostrar que una economía robotizada, agroindustrializada y mundializada es sana, aunque tres cuartas partes de los habitantes de la nación que la contiene se encuentran en una anomía profunda, provocada por la exclusión, la miseria, el hambre y la desorganización social.

Vamos a ver un ejemplo basado en algunas cifras de nuestra economía en el año de 1989: se nos informa que la producción industrial creció 4.9% y la manufactura 6% entre enero y mayo con respecto al mismo período de 1988. Se nos dice también que en los primeros cuatro meses hubo un superávit de la balanza comercial gracias a las exportaciones manufactureras y a un mejor precio del petróleo; se nos recuerda que en el primer semestre del año, el incremento acumulado de la inflación ascendió a sólo 9.3% y, en fin, que el déficit financiero del gobierno federal se redujo en 60.4% con respecto, también, al primer semestre de 1988.⁶ Pero con 24 horas de diferencia, se nos deja saber, igualmente que "de abril a junio de este año (3 meses), la política de modernización significó el despidio de 71 140 trabajadores y cierre de 13 empresas".⁷

Ejemplos dramáticos a propósito de este divorcio entre cuentas sanas de la economía y aumento de la anomía social sobran, y aquí viene al caso solamente recordar que el medio agrario no está exento de este proceso.

⁶ "Informe sobre la situación económica y las finanzas públicas del segundo trimestre de 1989", SHCP y SPF., *La Jornada*, 16 de agosto de 1989.

⁷ Andrea Becerril, *La Jornada*, 14 de agosto de 1989.

Al respecto podría citar ejemplos extremos, como el narrado por Robert Lingart a propósito del Brasil, en donde para acrecentar las exportaciones en busca de divisas para llevar adelante el milagro, se industrializó el cultivo de la caña de azúcar de manera que importantes núcleos de campesinos pequeños que vivían del cultivo de la tierra para nutrir a sus familias fueron echados y se convirtieron en jornaleros o en desempleados de barriadas urbanas.⁸

Pero mantengámonos en nuestro país: al analizar la zona de El Bajío, Linda Wilcox y David Runsten aseguran que entre 1960 y 1963 han desaparecido un millón de empleos (alrededor del 30% del total), debido al creciente remplazo del cultivo del maíz por el de brocoli, coliflor y otras frutas y verduras para la exportación principalmente. Si tomamos en cuenta que casi todas las plantas maquiladoras ocupan exclusivamente a mujeres jóvenes, es difícil aceptar el argumento según el cual ese desempleo campesino sería reabsorbido por estas procesadoras.⁹ Aquí habría que agregar lo establecido por Neil Harvey cuando nos dice que: "la crisis ha afectado severamente la producción de granos básicos en México, exacerbando en el largo plazo la dependencia hacia la importación de alimentos: el aumento en las importaciones de granos básicos fue de 4.5 millones de toneladas en 1985 a 5.2 millones en 1986, 6.6 millones en 1987, 8 millones en 1988 y un récord de 9 millones en 1989 (ver *Uno más uno*, 26 de diciembre de 1988 y *La Jornada*, 24 de mayo de 1989). Y es que el presupuesto de la SARH en relación al Gasto Público cayó de 5.1% en 1983 a 4.7 en 1984 y 1985, bajando aún a 4.2 en 1986, 3.7% en 1987 y 2.7% en 1988. Así, los precios de garantía de los granos básicos como el maíz cayeron en términos reales en 41% entre 1981 y 1988 forzando a muchos campesinos pobres a abandonar el cultivo".¹⁰

Se puede establecer entonces que el intercambio en sí, la internacionalización, no son negativos. Lo criticable es que esta ideología del neoliberalismo dependiente (embebida en la contabilidad) no valore en el proceso de intercambio más que los flujos monetarios, y en cambio olvide las condiciones de vida de las poblaciones que se ven trastornadas en su equilibrio cultural por la reconversión industrial o por que se ven obligados a producir, sin más, sólo ciertos artículos primarios ya que los precios internacionales son, en ese momento, favorables.¹¹ La modernización

⁸ *Le Sucre et La Faim*, éditions de Minuit, agosto, 1989.

⁹ Estudio citado en: Beatriz Johnston de Minuit, revista *Proceso*, núm. 712, 25 de junio de 1990, p. 35.

¹⁰ Neil Harvey, "The Limits of Concertation in Mexico, 1988-1990", seminario: México en transición, elementos de continuidad y cambio, Institute of Latin American Studies, University of London, 1990 (mimeo).

¹¹ Una falacia del modelo que aquí sólo mencionamos de paso es la señalada por François Partant, quien nos recuerda que bajo las pautas de consumo del capitalismo actual, si los países del Tercer Mundo se acercaran siquiera un poco a los niveles de modernización del primer mundo, se produciría la destrucción casi inmediata de la biosfera y de la especie humana, pues debemos tener en cuenta

económica se vuelve, cada vez más, expropiación de grupos sociales y poblaciones enteras sin ningún control sobre los sistemas de que depende su subsistencia.¹²

Las falacias del modelo comienzan a quedar entonces al desnudo, pues no hay nada que nos explique por qué hoy y, a mediano plazo, relanzar la economía significa fehacientemente agudizar las desigualdades sociales, y si esto va a cambiar en el largo plazo, en el más-allá-mañana. De hecho, estamos cayendo en la cuenta de que el asunto de la igualdad social (máximo referente del humanismo, junto con el cultivo de la razón, la cultura, etcétera) no es un elemento intrínseco del modelo neo-liberal, sino que tiene que ser reintegrado a ese modelo como ideología.

En efecto, uno debe preguntarse: ¿por qué mañana, según dice este modelo, estaremos en un escenario menos desigual, gracias a los beneficios que acarreará el desarrollo, si justamente el incremento de esos beneficios ha dependido y dependerá de la eficiencia competitiva de la industria y de las materias primas en un mercado internacionalizado, y esta competitividad depende a su vez del aumento de la productividad (excluyente de la mano de obra) y de la contención salarial? Si la propia mano de obra integrada no tiene capacidad organizativa para defender sus derechos laborales ¿por qué habrían de tenerla las tres cuartas partes de los mexicanos excluidos de la economía formal? Y, en fin, si el Estado habrá privatizado o cerrado una enorme mayoría de sus empresas ¿no se encontrará más que nunca impedido para actuar sobre esta creciente tendencia a la desigualdad?; pero más importante que eso: ¿podrá realmente hacer algo si justamente el éxito del modelo dependió de la no intervención y el achicamiento del actor estatal, so pena de la desconfianza, la fuga de capitales y la desestabilización? No quedan entonces, como intervenciones aceptables para el modelo, más que las acciones de emergencia en situaciones extremas y circunscritas, (terremotos, invasiones populares...), los programas de leche y tortibonos para evitar el surgimiento de identidades por asociación defensiva en el medio popular y la organización sobre publicitada de la limosna voluntaria por la vía de los comités y programas de solidaridad con los miserables, muy económicos y repletos de nombres famosos.

Entendemos de esta manera por qué el elemento de la pobreza es exterior al modelo económico neoliberal (de hecho, la economía-mundo no requiere de tantos hombres), y sin embargo, al mismo tiempo, el referente a la pobreza es un elemento ético-ideológico fundamental para el funcionamiento del modelo: es indispensable mostrar que todos los pasos que se dan están encaminados exactamente a lo contrario de lo que la aplicación del modelo produce, y para esto son insustituibles los intelectuales.

que un habitante de Ruanda consume 1100 veces menos energía que un americano medio (*La Fin du Développement*, Maspero, París, 1983).

¹² A este respecto, véase: Jean Chesneau, "La Modernité Monde", en *Les Temps Modernes*, junio de 1988, y ver igualmente: François Partant, *op. cit.*

Veamos pues este tercer aspecto de la ideología del neoliberalismo dependiente.

8. LA POBREZA COMO VIRTUD (EL TERRENO DE LOS HUMANISTAS)

La pobreza es palpable, ahí está y crece; pero el discurso del núcleo dominante habla de ella como de algo que no tiene que ver con el circuito modernizador; se trata de algo integrado en sí, algo noble, positivo, una "cultura de la pobreza" aún con organicidad intrínseca que hay que enganchar cuidadosamente a la modernización, sin lastimar sus virtudes. "En la actualidad alrededor de la mitad de la población nacional (41 millones) no satisface sus necesidades esenciales y alrededor de 17 millones de ellos (*sic*) vive en condiciones de extrema pobreza", establecía Carlos Tello en una reciente reunión de divulgación ideológica del PRI;¹³ mientras que Arturo Warman, en la instalación del Foro de Consulta Popular sobre la Pobreza Extrema (a cargo de Tello), afirmaba que "nuestra pobreza no sólo es productiva, también es creativa e inventiva; de ella surgen productos nuevos que aprovechan recursos y conocimientos insospechados. Los mercados populares son un testimonio de esa innovación constante. Pero la inventiva y creatividad de la pobreza se manifiesta más clara y vigorosamente en el establecimiento de relaciones sociales que permiten la sobrevivencia que la estadística hace parecer imposible. El fortalecimiento de la familia como la unidad que combina con máxima eficacia y sin desperdicio los recursos y las necesidades; las redes humanas que suplen los servicios que la sociedad no puede entregar, desde el cuidado de los niños y los enfermos hasta las complejas cadenas que permiten la movilización de millones de trabajadores dentro y fuera del país, los pueblos y los barrios donde se intercambian sin lucro los recursos colectivos y donde se generan las fidelidades que otorgan identidad, seguridad y pertenencia, ilustran la creatividad de los pobres para idear relaciones humanas con un signo claro: el de la colaboración, la solidaridad en su sentido más profundo. La naturaleza productiva, creativa y solidaria de nuestra pobreza nos permite analizarla no sólo como una suma de carencias, sino también como una fuente potencial para el verdadero desarrollo".¹⁴

Aquí hay que recordar una cosa: la pobreza no es una exterioridad con respecto a la esfera moderna de nuestras sociedades, algo que debiera ser asimilado a lo moderno, algo que se encuentra integrado en las identidades tradicionales (una especie de folklor). ¡Para nada! En realidad, lo que hoy ayuda mejor a caracterizar la idea de la pobreza, en América Latina por lo menos, es la concepción de que "la modernización avanza simultáneamente en dos direcciones opuestas, alrededor de dos ideas anta-

¹³ *La Jornada*, jueves 13 de julio de 1989.

¹⁴ Arturo Warman, "Presencia de la Pobreza", en *Cuadernos de Nexos*, núm. 8, marzo de 1989, p. v.

gónicas y sin embargo indisociables: hay modernidad en la prosperidad y en el éxito y hay modernidad en el fracaso, en los océanos de miseria que rodean a las bolsas de prosperidad [...]. Pero los segundos son tan modernos como los primeros y la distinción clásica entre 'sociedades tradicionales' y 'sociedades en vías de modernización' ha perdido toda substancia".¹⁵ Y debemos aclarar algo todavía más importante: esta pobreza moderna prolifera en medio de una desorganización social extrema, se acompaña y se caracteriza por su generación de formas francamente agudas de anomia: el empleo informal y la economía subterránea no son un semillero de empresarios populares, como lo quisiera el peruano Hernando de Soto, sino que se caracterizan más bien por la nula solidaridad, la hiperjerarquización, la explotación más despiadada, la falta de formación laboral, de una disciplina, de un horario y de un lugar de trabajo compartidos, por la ley del más fuerte...; por su parte, la familia extensa o compuesta, como modelo de la solidaridad, la protección y la preservación de los valores morales constructivos, también se está convirtiendo en un estereotipo no tan fácilmente generalizable en el inmenso mar popular-urbano. Por el contrario, con gran facilidad descubrimos a la familia rota, al padre ausente o alcohólico, a la supermadre centralizadora de roles, culposa frente a los hijos (por no ofrecerles una familia a lo Manolo Fábregas: "tener una familia así..."), hijos que se instalan entonces fácilmente en el chantaje y que lo extienden a la sociedad, a la escuela y a las otras instituciones; otro ejemplo de desorganización lo da el alto índice de desertores escolares, sobre todo en el nivel medio de la educación (de cada mil jóvenes que iniciaban la secundaria en 1981, 134 interrumpían sus estudios; en 1988 esta cifra a subió a 238); a la juventud popular se le quiere ver como una subcultura integrada, con una producción genuina en la música rock, en el vestido y en sus valores (como quiso pintarla el CREA), cuando en realidad se asfixia en el desempleo, en la incultura, en la represión policiaca, en la droga, en la ausencia total de opciones y, en el extremo, en la violencia y en la delincuencia. Para qué ahondar en el debilitamiento de los referentes religiosos, de la ética comunitaria, de la solidaridad barrial... Se abre pues una discusión entre la pobreza como virtud o la pobreza como anomia.

9. LA PAZ CONCERTADA COMO VALOR SUPREMO

Entremos al punto más delicado del discurso dominante: el que tiene que ver con la concertación, ese término que invade hoy todas las declaraciones de la vida pública de México y de cuyo empleo o rechazo dependen los signos "profundos" de fidelidad o adversidad al régimen. Se trata del manejo de sólo dos imágenes contrapuestas: a) por un lado, una

¹⁵ J. Chesneau, *op. cit.*, p. 65.

visión de cambios paulatinos, “concertados” en el nivel de la vida institucional y de los aparatos públicos a manera de ir dando paso a una modernización armoniosa de la vida política y de la economía que logre expresar en algún momento y de manera formalizada la pluralidad de cauces políticos e ideológicos de nuestra sociedad; b) por el otro lado se evoca un panorama de caos, violencia, sufrimiento, hambre y desesperanza, producto de la confrontación, panorama del que ya no es necesario citar los ejemplos de El Salvador, Nicaragua, Perú y, ahora, Venezuela o Argentina, porque la televisión los ha traído hasta nosotros con lujo de detalles. Es una posición efectivamente maniqueísta que no difiere de ciertos planteamientos de lo dicho en los años sesenta, salvo que, lo que allá tenía signo negativo, aquí lo tiene positivo y viceversa; en ese entonces, la consigna “reforma o revolución” colocaba a esta última como la única posición ética y políticamente aceptable, mientras que hoy, al menos en la cultura política de esta inteligencia dominante, resulta a la inversa: “La actitud de no aceptar diálogos con el gobierno mediante una postura de irreductible confrontación ha terminado por reducir el apoyo de algunos sectores al naciente Partido de la Revolución Democrática”, nos dice un grupo representativo de estos intelectuales en una crítica furibunda, de plana entera, al PRD, disfrazada de autorreflexión fraternal.¹⁶ “Nuestra posición —agregan— es que antes de agotar todas las posibilidades de un cambio gradual y concertado, es por lo menos poco serio insistir en posturas catastróficas y polarizantes”.

Uno de los firmantes de este documento es más explícito al escribir en la tribuna política *Cuadernos de Nexos*, cuando, ya sin hablar de “reforma o revolución”, sino de “democracia o revolución” (que está más de moda, pero que en este contexto se refiere a lo mismo), afirma que:

El mito revolucionario que ha permeado el pensamiento y la acción de los socialistas condiciona, en efecto, un modo preciso de percibir y practicar la política. Un modo que, con las variaciones y matices que se quiera, supone que la resolución de las contradicciones sociales pasa necesariamente por su exacerbación radical y, en consecuencia, por la polarización catastrófica de las fuerzas sociales. De ahí que esta concepción anteponga los momentos de enfrentamiento, de lucha abierta y de ruptura excluyente, menospreciando en cambio los procesos de negociación, compromiso y concertación [...] La mayor parte de los procesos de democratización real de los Estados modernos [...] han podido ser regulados y civilizados mediante una serie de rupturas pactadas, vale decir: de reformas acordadas por la mayor parte de los actores políticos y de las fuerzas sociales [...] La política revolucionaria, con su carga de dramatismo, de emociones exacerbadas y de espíritu extraordinario, se opone terminantemente a la política democrática.

¹⁶ Adrián de Garay, Roberto Gutiérrez, Esperanza Palma, Estela Serret, Luis Salazar, Rolando Cordera, Pablo Pascual, Adolfo Sánchez Rebolledo, José Woldenberg, “Crisis y Perspectivas del Frente Democrático Nacional”, en *La Jornada*, 3 de mayo de 1989, p. 15.

tica: esta última exige, en efecto, desdramatizar a la política, secularizarla y racionalizarla, es decir, en una palabra, modernizarla.¹⁷

Tenemos entonces, por un lado, una imagen que asocia entre sí revolución, catástrofe, atraso con respecto al tiempo científico-técnico, y, por otro lado, una que asocia paz, concertación, democracia, orden, interacción comunicativa, racionalidad, modernización... Eso se llama producción de estereotipos ideológicos y dichas nociones son propias de una intelectualidad orgánica que, para optimizar su eficiencia, se declara neutral, a distancia del sistema de dominación que está encargada de legitimar.

10. REVOLUCIÓN, CONCERTACIÓN E IDENTIDAD

En realidad, cada uno de estos paquetes de asociaciones es perfectamente desdoblable: todos sabemos que detrás de la idea de revolución existen también valores sociológicos y éticamente positivos y deseables como son: movilización, reconstrucción de identidades colectivas, reconocimiento a través de esas identidades de una alteridad: el otro o lo otro que impide la solución de nuestras necesidades o que las genera. Algo más, el reconocimiento del otro y, a través de eso, la reconstrucción de nuestra identidad no tiene por qué conducir a la confrontación total y a un final catastrófico; el surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales lejos de la imagen de fuego, choque y muerte en un solo día que el término revolución quiere aquí evocar, puede conducir también a algo muy diferente: a la recreación de identidades circunscritas, continuas, consistentes y organizadas en lo social; circunscritas en barrios, colonias, pueblos, municipios, regiones, secciones sindicales, uniones de ejidos, etcétera. Y esa delimitación natural y consistente de fronteras puede dar a estas luchas continuidad y organización.

Por su parte, las nociones de paz y concertación democrática también pueden ser desdoblabas y mostrarnos que tanta búsqueda de concertación y democracia política puede redundar muy fácilmente en la "buropolitización" de las dirigencias y de las corrientes y agrupaciones de intelectuales, es decir, en su incrustación en las alturas, en la influencia y en su recluimiento en espacios cerrados de promoción y publicidad (desayunos, comidas, parlamentos, *sets* de televisión, redacciones de revistas y periódicos, oficinas de dirección de institutos y centros de todo tipo, auditorios para el discurso, la premiación, la consulta popular...). Pero como veíamos, este vaciamiento hacia las alturas, disculpemos la expresión, no sólo redunde en la buropolitización de esos individuos, sino que es la forma más eficaz de destrucción de las identidades y para los intelectuales se convierte en un mecanismo eficaz de producción de ideologías que, al mismo tiempo que

¹⁷ Luis Salazar, "La democracia y la idea de revolución", en *Cuadernos de Nexos*, mayo, 1989, p. viii-ix.

nos hablan de la exclusión, se vuelven disolventes precisamente de la identidad de los excluidos (sobre todo cuando se dirigen a criticar identidades que se generaron en un proceso de liderazgo neo-populista, como en el cardenismo, tan fácilmente atacable desde las posiciones democrático-ciudadanas-modernizadoras-consumistas-plurales).

Concertación puede desdoblarse, entonces, también, en buropolítica hacia las alturas por un lado y, por otro, en desidentidad colectiva en lo social, atomización, pulverización anómica y desesperanza. La pobreza es interpretada y exhibida allá arriba; pero abajo, como dice Paramio, "quien no sabe quién es, mal puede decidir qué quiere hacer con su futuro". Buropolítica y desesperanza son dos impulsos extremos, pero que corresponden a una misma dinámica cuyo resultado eficaz es la reconstrucción y conservación del dique que separa a los integrados con respecto al ancho mar de la exclusión.

Sí, como nos recuerda Aguilar Camín, la democracia "no resuelve por sí misma los problemas de la justicia, del atraso, del empleo o de la movilidad social", entonces a lo que debemos aspirar es a la reconstrucción de las identidades sociales y atemperar un poco la febril actividad en el terreno de la influencia en el sistema político, de las representaciones, de eso que podemos calificar como "la democracia política" y que tan pocos beneficios trae a los excluidos como no sea una paz por la vía de la pulverización anómica y la desidentidad.

Así, ante la aceptación de que la democracia política no resuelve los problemas sociales (y menos los de las masas) parece un simple desplante de la buropolítica concertadora el siguiente párrafo de los intelectuales críticos del cardenismo: "Como miembros del PMS consideramos indispensable reivindicar una vía reformista y gradualista, que aproveche los resquicios más íntimos, que busque alcanzar el máximo de soluciones pactadas para lograr el cambio democrático. Eso en manera alguna conlleva renunciar a los principios sino reconocer la complejidad y dificultad de su realización. Y reconocer además, que el voto del 6 de julio fue un voto por el cambio democrático, sí, pero por un cambio pacífico, legal e institucional. No asumirlo como tal, en nombre de revolucionarismos, es dilapidar no sólo la credibilidad sino también las esperanzas de amplios sectores de ciudadanos que mostraron en aquella jornada cuán retrasadas han quedado las viejas concepciones doctrinarias".¹⁸

Quizás hoy podemos decir que en países como los nuestros (no en España, Francia, Italia u otros países de fuerte mayoría engranada a la modernidad), la lucha por la democracia política es un asunto que concierne a minorías integradas, a regiones de mayor modernización y a representaciones que incrementen su influencia al participar en medios formalizados e institucionales de la política (la elevada votación por Cuauhtémoc fue el voto al líder, no a la democracia representativa, y así lo demuestra

¹⁸ "Crisis y perspectivas del Frente Democrático Nacional", *doc. cit.*

hoy el gran abstencionismo (72% del padrón en el mismo Michoacán en 1989 y en Chihuahua los priistas ganaron con el 16% de los votos potenciales en ese mismo año, y lo mismo sucedió en Campeche). Mientras tanto, lo que está pendiente es el desarrollo de la democracia social, es decir, la tarea delicada, paulatina y aquí sí, concertada, de construir y reconstruir las identidades colectivas, basistas, circunscritas, consistentes y continuas en lo social, desde donde se obtienen logros reales y duraderos; en efecto, por la vía de los pequeños pasos.

Sin querer negar que hoy existen movimientos sociales, coordinadoras, frentes y otros colectivos capaces de dotarse de representaciones efectivas en el plano del sistema político, es preciso aceptar que la gran mayoría de los actores que se desempeñan en este espacio de mediación poco tienen que ver con identidades reales en lo social, y hacen nulos esfuerzos para alentarlas, comenzando porque los desayunos, las reuniones y la parafernalia buropolítica les dejan poco tiempo libre. Pero olvidémonos del parlamento, los partidos, los consejos consultivos o las corrientes constituidas de intelectuales. Lo dramático es que ni siquiera en una institución como la Universidad, con su declarada vocación de atender a los problemas populares, vemos tenderse puentes amplios y consistentes entre los dos medios (excepción hecha de la medicina y la agronomía en algunas instituciones, la arquitectura en menor medida y muy esporádicamente las ciencias sociales). Pocas investigaciones en los institutos de ciencias sociales se encuentran enfocadas sobre los problemas de la exclusión, y las que lo hacen no enganchan de manera orgánica con los colectivos que dicen estudiar, y menos aún logran desembocar en propuestas reales de mejoramiento de esos y otros espacios... Pero no vayamos afuera; en el seno mismo de la Universidad, las organizaciones sociales de académicos y estudiantes son desmanteladas y pierden toda su continuidad ante la indiferencia de sus agremiados, que hasta la fecha del Congreso Universitario habían cumplido casi tres años de lucha por la orientación de la educación superior. También aquí, los representantes tanto de académicos como de estudiantes se embebieron en la "concertación", en los espacios cerrados, en las comisiones (en este caso, en la Comisión Organizadora del Congreso Universitario, cocu), descuidando las identidades en lo propiamente social. Si esto pasa en el medio de los grupos integrados, entre los sectores críticos y con mejores posibilidades de participación democrática por su nivel educativo, y pasa inmediatamente después, incluso, de una lucha social, ¿qué podemos esperar de medios sociales completamente inmersos en la desidentidad, la precariedad y la incultura? (Quizá por ello las organizaciones eclesiales de base, impedidas para la buropolítica, obtienen logros destacables en la construcción y conservación de identidades colectivas.) ¿Habría que establecer la hipótesis de que en sociedades crecientemente polarizadas entre excluidos e integrados (o aún más, entre excluidos, integrados y núcleo duro de la dominación), la participación efectiva del hombre común (del pueblo y de las clases medias), en

la definición de sus opciones históricas es prácticamente nula o no va más allá de ciertos momentos de activación social, lucha y autorreconocimiento colectivo promovidos en situaciones esporádicas, inconexas, discontinuas y desmantelables por la vía de la represión, la buropolítica, la pulverización y la desidentidad? Es por esto que la cultura política y las dirigencias y corrientes intelectuales privilegian la búsqueda del vértice, de las alturas, en donde se concentra el poder, único punto desde el cual parece posible intentar algún cambio, aunque en su búsqueda, sin querer, reproduzcan la herencia, la negatividad que buscan combatir. Círculo que parece ciego, es cierto, pero que no por eso debe hacernos perder esperanzas, iniciativa e imaginación para reconstruir alguna forma de democracia social. El otro camino no hace más que disfrazar la depauperación creciente, detrás de una paz anómica y precaria. Precaria porque, cuando todo parece bajo control concertado, florecen en el momento más inesperado las opciones alternativas, intransigentes por lo regular, reivindicando posiciones basistas y popular-radicales en contra de los integrados, sin distinción partidaria. Cuando en el Perú todas las corrientes políticas parecían haber ocupado sus lugares en el sistema político-institucional, apareció Sendero Luminoso, en ruptura total con lo que calificaron un oportunismo de los integrados, con el pretexto de la modernización y la interdependencia del capitalismo.

En este contexto, es sintomática la siguiente sentencia de la corriente crítica al cardenismo: "La dirección del PMS seguramente ha tenido razón al adherirse al proyecto del PRD. Hasta ahora, sin embargo no parece haber asumido en toda su gravedad este paso [...]. Da muestra de haber perdido la orientación conquistada en los años posteriores a la Reforma Política ante la infundada expectativa de un cambio inmediato y global, lo que explica, en buena medida, el resurgimiento lamentable de un izquierdismo sectario que se creía superado. México, con sus problemas, no está para eso: requiere por el contrario de una izquierda renovadora y modernizadora, a la altura de los problemas y desafíos que plantea el siglo xx".¹⁹

Digamos en resumen que la "señalización" de la dinámica de nuestras sociedades ha cambiado en estos últimos veinte años, y más pronunciadamente en esta década infame: izquierda o derecha comienzan a no revelar ya cortes tan fundantes como las posiciones adentro o afuera y arriba o abajo; y es normal, en una sociedad que ante nuestra mirada se depaupera, polariza y pulveriza, que se desordena anómicamente en el estancamiento y que levanta murallas sanitarias entre excluidos, integrados y dominantes.

¹⁹ *Idem*, p. 15.